

Año I. 31 de Agosto de 1899 Núm. 8.

BOLETÍN
DE LA
Real Academia Sevillana
DE BUENAS LETRAS

SUMARIO: Discurso leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras por el *Sr. D. Javier Lasso de la Vega y Cortezo*, en la recepción del día 25 de noviembre de 1883. *(Conclusión.)*—Necrología del Sr. D. Carlos Jiménez-Placer y Echevarría, por *D. Luis Montoto y Rautenstrauch. (Conclusión.)*—Los anticuarios en Roma y Sevilla, por *D. Enrique de Leguina. (Conclusión.)*

EDITOR
D. MANUEL AZNAR Y GÓMEZ

SEVILLA
Boletín de la Real A. Sevillana de Buenas Letras
1899

OBRAS DE FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

(El Bachiller Francisco de Osuna)

Suspiros: poesías líricas. 1875. Un tomo.
Auroras y nubes: nuevas poesías. 1878. Un tomo.
Entre dos luces: artículos joco-serios y poesías agri-dulces (2.ª edición). 1879. Un tomo.
Basta de abusos: el pósito del Dr. Navarro, su fundación y su estado actual. 1880. Folleto.
Cinco cuentezuelos populares andaluces. 1880. Folleto.
El gobernador de Sevilla y "El Alabardero," proceso de un funcionario público. (En colaboración con D. Mariano Casos). 1881. Un tomo.
Tanto tienes, tanto vales: comedia en un acto y en verso (2.ª edición). 1882.
Juan del Pueblo: historia amorosa popular. 1882. Folleto.
Historias vulgares: narraciones en prosa. 1882. Un tomo.
Cantos populares españoles: 1882-83. Cinco tomos.
Cien refranes andaluces de meteorología, cronología, agricultura y economía rural: 1883. Folleto. (2.ª edición, anotada. 1894).
Quinientas comparaciones populares andaluzas. 1884. Folleto.
El Cantar de los Cantares, de Salomón, traducido directa y casi literalmente del hebreo en verso castellano. 1885. Folleto.
De académica cœcitate: reparos al nuevo *Diccionario* de la Academia Española (2.ª edición). 1887. Folleto.
Apuntes y documentos para la historia de Osuna (1.ª serie). 1889. Un tomo.
Ilusiones y recuerdos: poesías. (En colaboracion con D. José M.ª López y López). 1891. Un tomo.
Nueva premática del Tiempo: fruslería literaria. 1891. Folleto. (2.ª edición, 1895).
Flores y frutos: poesías. 1891. Un tomo.
Sonetos y sonetillos: 1893. Un tomo.
De rebusco: sonetos. 1894. Un tomo.
Ciento y un sonetos, precedidos de una carta autógrafa de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. 1895. Un tomo.
Discurso de recepción leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. (Trata de los Refranes en general, y en particular de los españoles). 1895.
Madrigales. 1896. Folleto.
Los refranes del Almanaque: explicados y concordados con los de v
ses románicos. 1896. Un tomo.
Flores de poetas ilustres de España, colegidas por Pedro Espin
don Juan Antonio Calderón (1611), anotadas: terminación
comenzado por el Dr. D. Juan Quirós de los Ríos. 1896. D
Una poesía de Pedro Espinosa, con introducción y notas. 1896.
Comentarios en verso, escritos en 1595 para un libro que se hal
en 1896.—1897. Folleto.
Discurso leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas
tando al de recepción del Sr. Marqués de Jerez de los C
Fruslerías anecdóticas. 1898. Un tomo.

BOLETÍN
DE LA
Real Academia Sevillana de Buenas Letras

Año I	Jueves 31 de Agosto de 1899	Núm. 8

DISCURSO

LEIDO ANTE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS POR EL SEÑOR D. JAVIER LASSO DE LA VEGA Y CORTEZO, EN LA RECEPCIÓN DEL DIA 25 DE NOVIEMBRE DE 1883.

(Conclusión)

Ya la augusta gestación ha terminado: el Creador ha llegado á su sétimo dia: bien dice un gran escritor: «El artista que crea, es un verdadero poseído, contra el cual no hay otro exorcismo eficaz que el alumbramiento de la obra de arte.»

La obra maestra es, pues, hija de la alianza entre la inspiración súbita, imprevista, inconsciente y asombrosa, y el trabajo lento, voluntario y perseverante de la reflexión, ó, como dice Goethe, «de esa amalgama, de esa combinación, de esa química, á la vez inconsciente y consciente, que engendra al fin un conjunto armonioso de que el mundo se maravilla.»

Y como el problema del sabio es, dada una hipóte-is, probar que no encuentra excepción en todo el campo de la experiencia, y el del artista, dada una idea ó un sentimiento, sugerir otro igual, he aquí que durante este trabajo indispensable de comprobación y encarnación, que realizan en mútuo consorcio el espíritu y la mano, los mismos obstáculos que estorban su realización son orígen fecundo de nuevas inspiraciones;

porque cuando el sabio ó el artista, con el escalpelo ó el cincel, enfrente de la Naturaleza, pretenden el uno interrogarla y el otro hacerla intérprete de sus emociones, lejos de hallarla propicia, ven entre angustiosas torturas y abrumadores desfallecimientos que el marmol es duro, el color mate, el verso estrecho, el consonante infiel, la palabra insuficiente, los organismos mudos, las rocas silenciosas, el mar impenetrable, el pasado tenebroso y los astros inaccesibles.

¡Cuán inmensa la serie de dificultades que es necesario dominar para completar la obra! Porque á las condiciones que hemos enumerado debe agregar el genio una gran multitud de conocimientos, para que de ella surja la hipótesis que los explique todos; para que, siendo sus ideas más numerosas y variadas, haya también combinaciones más diversas y originales; para que posea más medios de expresión y para conocer el problema, y una vez concebida la solución, saber que es solución y solución de tal problema. Creer que se puede producir con inagotable fecundidad sin un trabajo correspondiente de absorción y asimilación, es tan absurdo, dice Maudsley, como creer que la bellota puede producir la encina sin riego, ni calor, ni suelo fértil. Además, la creación no es absoluta, es una combinación nueva, tanto más factible cuanto más elementos la preparen; por eso la superioridad del genio no es enteramente accidental y caprichosa, ni la adquiere de súbito por momentánea inspiración un espíritu inculto y limitado, sino que es continua y préviamente preparada en una misma serie de ideas. Las grandes obras no son hijas de una hora de dilirio, sino de una vida entera de trabajo.

Ahora bien: ¿se deduce de lo que llevamos expuesto la existencia en el hombre de genio de una facultad más, ó la intervención en sus creaciones de una energía extraña y sobrenatural?

Seguramente que no; si las grandes ideas que concibe semejan revelaciones de un poder superior, no por eso es menos cierto que las extrae, por decirlo así, de su propio fondo y las elabora mediante los procedimientos naturales y propios del espíritu humano. La actividad que engendra en el genio la inspiración, es la misma que produce en el hombre vulgar una

ocurrencia feliz: no hay una diferencia esencial entre ambos espíritus, y, sin embargo, los resultados de su trabajo difieren profundamente: entre una ocurrencia y una inspiración existe un mundo: la superioridad del que realiza lo que los esfuerzos reunidos de todos los demás hombres no alcanzaron, es innegable: en algo estriba esta superioridad.

Si todas las inteligencias conciben del mismo modo, no todas llegan á la misma concepción; en este caso, todos los hombres pensarían de idéntica manera, habría para todos un solo pensamiento común, lo que es imposible, porque siendo la operación igual y los datos de ella diferentes, los resultados deben ser diferentes también, y los datos son tan variados como los individuos, porque cada uno recibe distintas influencias, según su edad, sexo, educación, época en que vive etc., etc. De aquí que un mismo fenómeno incite á uno á inquirir su causa, instigue á otro á estudiar sus efectos, recuerde á éste un hecho, á aquél uno antagónico, etc., etc., y aun la misma concepción, el mismo asunto, se interpreta de muy distinto modo por cada artista, aunque sean todos de primer orden: Júpiter y Leda de Correggio no son los de Vinci ni Miguel Angel; Euclión, Harpagón y Gobseck son tres avaros que difieren grandemente entre sí; las Madonas de Rafael no son las Vírgenes de Murillo.

Á esta serie de causas, origen de variedad entre los productos del pensamiento, se agrega otra más importante aún, que hace á un espíritu, no sólo distinto, sino superior al de los demás hombres, y en cuya virtud el hecho que ha permanecido mudo durante miles de años para millones de inteligencias, habla con sencillez y claridad sublimes á un observador ó filósofo que posee, sin duda, algo más delicado y más fecundo que la masa común de sus semejantes.

Y, en efecto, lo que tiene más delicado es la sensibilidad sensorial y la receptividad intelectual; lo que tiene más fecundo es la imaginación, facultades cuya energía se halla generalmente en proporción directa.

De este concepto partía quien, definiendo el genio y explicando, no ya el proceso, sino la razón de sus creaciones, lo llamaba una superior potencia de percepción, una excitabilidad excepcional de la sensibilidad, una alteza y especial aptitud de

la imaginación, que la predisponen á ese género de alucinación semi-voluntaria y consciente, que añade á la sensación elemental y real una serie indefinida de maravillosos engrandecimientos y multiplicaciones.

Y así es, en efecto: el hombre de genio, con su exquisita sensibilidad, aprecia elementos que pasan para los demás desapercibidos; estima analogías y diferencias que los demás no estiman; con sus rápidas percepciones, más bien adivina que ve los atributos de las cosas, y realiza inducciones acaso cien veces descabelladas, y una singular y sorprendente.

Mientras el vulgo sólo ve peso en los cuerpos que caen y movimiento en los que oscilan, y grandeza en los mares, y fulgores en el sol, y majestad en los cielos, el genio ve las leyes que inmovilizan ese sol y que mueven nuestro planeta y sostienen los mundos, y lee donde quiera impulsos desconocidos, energías ignoradas y revelaciones misteriosas; y como esa sensibilidad y esa imaginación no se satisfacen con goces vulgares, ni emociones pequeñas, ni concepciones adocenadas, y como sólo se mueven á impulso de anhelos superiores y aspiraciones infinitas, del mismo modo que el rey del desierto no sale rugiente y temible de su apático descanso porque pequeño insecto cruce ante sus ojos, así el genio, indiferente á las vulgaridades de la vida, se agiganta y eleva y se remonta siempre buscando un más allá, de tal manera, que si nos representásemos materialmente la distancia á que han llegado en sus inspiraciones esos privilegiados séres que son como las avanzadas de la humanidad en el infinito, veríamos á Colón surcando mares desconocidos, para realizar allí un mundo que ya él llevaba en su fantasía; á Herschell, con su gigante telescopio, haciendo en los confines de la tierra el inventario de la creación; á Haydn en las alturas del Calvario, traduciendo en sonidos las palabras de Jesús y el crujiente desquiciamiento de los orbes; á Beethoven soñando en el infinito que el corazón humano es una melodía compuesta por Dios, y á Murillo, á las puertas de la gloria, robando esos ángeles que aún pugnan por volver al cielo revoloteando en las bóvedas de nuestros templos.

Mas si al genio científico bástale ver relaciones desconocidas para lograr sus deseos, el genio artístico no realiza su mi-

sión cumplidamente percibiendo en la sensación elementos que los demás no aprecian, ni sorprendiendo asombrosas armonías entre la idea y el sonido ó el color ó la línea, sino que necesita revelar á los demás las imágenes percibidas y la emoción que en su pecho produjeron; y es que siente con tal energía, con tanta vivacidad, que, lejos de extinguirse en él, sus apasionados sentimientos se acrecientan, se multiplican, no caben en su pecho, exigen expansión y necesitan comunicarse á los demás. Así llegan hasta nosotros esas obras maestras del arte que, antes de ser representaciones sensibles de la belleza, fueron emoción del artista; antes de ser Madonas, fueron éxtasis de Rafael.

El artista está atormentado por la necesidad de producir; no da valor á las imágenes de su fantasía; sólo le halaga infundirles realidad en una obra viable y sensible, y esta condición, esta imperiosa condición, que decía Byron hervía en él como una tortura de la que necesitaba librarse, es esencial en el poeta; no basta sentir la belleza y la poesía, es preciso comunicarla; allá en el fondo de nuestro pecho, todos somos poetas, todos gozamos contemplando las encantadoras bellezas de la Naturaleza; acaso las engrandecemos en la fantasía, y en un momento dado, bajo la influencia de un gran dolor moral, del amor ó la melancolía, tenemos inspiraciones tan grandes como Lamartine ó Víctor Hugo; pero de esta emoción interna que se apaga en nuestro pecho, á esa emoción que un enérgico poder restitutivo psíquico traduce al exterior; de eso á dar forma y representación sensible á lo sentido ó concebido; de eso á despertar con mayor fuerza que nunca la emoción experimentada, y vivificarla, y hacerla fecunda, y eternizarla por los siglos de los siglos; de eso á ser artista, á ser poeta, hay tanta distancia como entre lo deleznable y lo inmortal, entre la errante semilla que antes de germinar muere agostada en los ardientes brazos del huracán y la flor que embalsama con sus perfumes todos los ámbitos del jardín; entre el perro que muere entristecido y solitario sobre la tumba de su dueño, sin poder expresar con elegíaco acento las infinitas delicadezas de aquella fidelidad que le cuesta la vida, y el libro de Job, que sabrá revelar al último de los nacidos las negras amarguras del desierto.

Y tanto es así, que el poeta no escribe generalmente en los instantes en que la pasión se halla en su mayor encendimiento y resplandor; entonces en él, como en todo el mundo, sólo existe, sólo vibra la emoción misma, más ó menos intensa y poderosa; la obra de arte brota luego, y el poeta escribe á impulsos de lo que ha sentido, más bien que de lo que siente; despierta la emoción adormida, la vivifica en su fantasía, y, como dice un eminente escritor, reproduce más bien el eco de la pasión que la pasión misma.

La impresionabilidad excepcional y la volcánica imaginación del genio, que se deleita soñando laureles, triunfos y glorias, fortaleciendo á la constancia con estos halagos diarios, mantienen continuamente encendido el fuego del entusiasmo, cuyo calor es indispensable, lo mismo para la producción artística que para la construcción científica, sin cuya cooperación nada puede hacerse que sobrepuje los límites de lo vulgar, y cuya intervención, dice Shaftesbury, es imprescindible y decisiva en la producción de todo lo verdaderamente grande y bello.

El sentimiento es un colaborador necesario del genio; no hay elevación en la inteligencia, ni energía en la voluntad, exclama Tissandier, si el alma no está sobreexcitada por el entusiasmo; se ha dicho que los grandes pensamientos vienen del corazón; Novalis ha proclamado que sin entusiasmo no habría matemáticas, y en verdad que debe de ser así, porque el entusiasmo y la pasión no tienen por objeto exclusivo la satisfacción personal de los sentidos. ¿Quién negará á Platón la pasión de lo ideal, y á Spinoza la de lo divino, y á Goethe y Lamartine la de la Naturaleza?

Pero esta sensibilidad, esta receptividad, esta imaginación se exaltan y aguzan por la influencia del medio en que el genio vive. La época, el clima, la raza, y, sobre todo, las pasiones, las contingencias de la vida y la educación, ejercen una acción innegable sobre el genio. La vida entera del hombre depende de la naturaleza y la intensidad de las emociones sentidas en su juventud.

Esas primeras impresiones dejan imperecedera influencia en el corazón: son como el pedestal donde viene más tarde á le-

vantarse la inspiración, y el genio se desarrollará tanto mejor cuanto mayor número de espectáculos tristes contemple, y más adversidades lo persigan y lo aflijan dolores más agudos.

Se ha dicho que las grandes almas son melancólicas: yo agregaría que lo es todo lo grande, y que aun los espíritus pequeños se engrandecen con la melancolía. Por excepción será alegre el genio: la alegría es propia de quien tiene satisfechas sus más apremiantes aspiraciones: quien anhela algo más de lo que ofrecen las tristes realidades de la vida; quien vierte en su corazón esos deseos no colmados, esas emociones no comprendidas, extraña las risueñas expansiones de los demás, busca en la soledad dulce refugio, deja allí impregnarse su espíritu de esa melancolía infinita que concluye en un llanto silencioso, consolador, que derrama lágrimas, pero no oprime el corazón, ni arranca sollozos, ni inmuta el semblante y halla al fin en sus ideales ensueños, en la ciencia, en la poesía, una noble y espiritual compensación. Si Espronceda, Byron, Milton, Tasso, Petrarca, Dante, no hubieran sentido las profundas adversidades que amargaron su vida, jamás habrían lanzado quizás los sublimes acentos que aplaudirán las generaciones venideras con más calor que las presentes y pasadas.

Quien medita en la melancolía y el retiro, eleva su pensamiento y engrandece su espíritu. Así se han elaborado todas las grandes ideas, las más elevadas concepciones del genio. Miguel Ángel, Newton, Descartes, Malebranche, hallaron sus gigantescas creaciones en esa soledad que concentra y fortifica y que buscaron afanosos los pensadores y los poetas, y los santos y todos los grandes hombres.

Pero sin duda me interno demasiado en estas consideraciones, que son muy pertinentes al asunto, que tienden á estudiar el valor de ciertas influencias de acción, á veces decisiva para el espíritu, mas acerca de las cuales no debo insistir, limitándome á enumerarlas sumariamente, no sólo por la excesiva extensión que darían á este trabajo, sino porque exigen una erudición que yo no tengo, y la elocuencia de un verdadero poeta para adivinar y expresar todas las modificaciones que han impreso y todos los pensamientos, emociones, lágrimas, despechos y sublimes arranques que han inspirado al genio la devastadora tala del

otoño, el mar que se confunde con el cielo, la tristeza infinita de la tarde, las tintas amoratadas del crepúsculo, la tenue claridad de la vía láctea, las furtivas caricias de contrariados amores, las amarguras del desengaño, las estrecheces de la pobreza, el desamparo de la expatriación, la soledad de la mazmorra oscura, las preocupaciones de la ignorancia, la indiferencia que amenaza olvido, los triunfos de vanas nulidades, la encarnizada guerra de la vida, y sobre todo, la incurable ceguera de esa humanidad fanática y obcecada, que con sus errores y liviandades provocó y desoyó la sátira de Horacio, el profundo dolor de Juvenal, la amarga lamentación de Jeremías, la vigorosa indignación de Tácito, la acerba censura de Rousseau, la irónica carcajada de Voltaire, y que, siempre impura y siempre torpe, aduló al poderoso, culpó al inocente, enalteció la ignorancia, sacrificó al genio, condenó á Spurio Casio, persiguió á Dante, encadenó á Colón, olvidó á Cortés, humilló á Galileo y tuvo para Cervantes la prisión, y para Sócrates la cicuta.

Habíamos aceptado como condición característica del genio una exagerada sensibilidad, compañera de una imaginación ardiente y una receptividad intelectual exquisita. Ahora bien; si son estas cualidades las que determinan el poder de crear, las que animan y sostienen esa invencible paciencia y tenacidad de que hemos hecho mérito, si son las que esencialmente constituyen el genio, la mujer, toda imaginación, toda impresionabilidad, debe ser la que con más frecuencia conciba grandes ideas y exprese delicados sentimientos, y la que llene casi exclusivamente el templo de la inmortalidad.

Esta deducción parece muy lógica y, sin embargo, y con perdón del bello sexo, debo rechazar la consecuencia. La historia niega que la mujer, cuya misión en la tierra es tan respetable y santa, sea la llamada á redimir á la humanidad de sus penalidades, á escrutar los cielos, impulsar la ciencia, concebir grandes ideas y expresar los más exquisitos sentimientos. No hay en el bello sexo una figura que pueda compararse á la de Colón, Guttenberg ó Galileo, y no se atribuya esto á la educación que recibe, porque sería tomar el efecto por la causa. Además de que para expresar amor, celos, pesar, vehemencias del sentimiento ó extravíos de la pasión, no hace falta otra cultura

que la perfecta y profunda que dan las intuiciones de una sensibilidad exquisita y femenina, y, sin embargo, no se registra en la historia del arte el nombre de una mujer que pueda resistir la comparación con los de Van Dyck, Velázquez, Meyerbeer, Rossini, Sófocles ó Virgilio.

Mas diré: si alguna sobresale en las letras, las ciencias ó las artes, ¿es la más mujer, por decirlo así, la dotada en grado más eminente de la belleza, la dulzura y la impresionabilidad propias de su sexo?

Y, sin embargo, es muy grande la gloria que á la mujer corresponde en la ciencia y el arte, sólo que toca menos á la erudita y la escritora que supo elevarse virilmente á las más altas concepciones del espíritu, que á la mujer, simplemente mujer, esencialmente mujer, que con sus desdenes ó sus halagos, ó su abnegación, ó su veleidad, dirigió atinadamente la educación del grande hombre, ó protegió al genio, ó amargó la existencia del filósofo, ó engrandeció la mente del artista, ó encendió, besándolo en la frente, la inspiración y el estro del poeta. Esta idea no tiene otro valor que el de una apreciación mía; pero creo que si la humanidad debe mucho á Safo y Mad. Stael, debe incomparablemente más á Isabel la Católica y á Beatriz, á Laura y la Fornarina.

Ahora bien; si el genio es en su esencia una exquisita impresionabilidad é imaginación, ¿por qué no es frecuenta en la mujer? Luego no es enteramente eso; ni es producto de energías sobrenaturales, ni es una facultad más del espíritu, ni un procedimiento psíquico especial. Sabemos que crea, que medita con perseverancia incansable, que coincide con ciertas disposiciones, que se enciende ó se apaga por la acción de ciertas influencias; pero en su esencia íntima, ¿qué es el genio?

No es fácil decirlo. ¿Quién sabe cómo se compenetraron en la mente de Rafael los matices del color, las inflexiones de la línea y la grandeza de la idea? ¿Cómo halló Fidias en su mente los moldes en que vacia la Naturaleza los más bellos contornos de sus estatuas animadas? ¿Cómo adivinó Dante los ocultos designios de la justicia infinita, y cómo entrevió Colón nn mundo, y Platón tuvo la intuición de lo divino, y qué convulsión vió Shakespeare en el corazón de Otelo cuando apagó en

Desdémona inocente la blanca luz que iluminó su vida?

El genio es lo inexplicado, lo titánico, lo asombroso; lo que abrillanta cuanto toca, lo que seduce á quien lo contempla, lo que adivina la ley, sorprende el arcano, deshace el misterio, resucita el pasado y vaticina el futuro; es algo que produce encarnaciones increibles, elocuentes melodías y conmovedores conciertos; es ese poder que escrutó el espacio, que analizó el corazón, que creó tipos inmortales, que oprime los corazones cuando llora y que resume en patéticas exclamaciones las quejas de todos los hombres, el anhelo de todos los suspiros, la armonía de todas las notas y el ardor de todas las pasiones y la fe de todas las creencias; es lo que crea dentro de la creación; lo que da ideas al mundo y mundos á la idea; es la minoría gigante de la asamblea humana; es una penetrante mirada que no ofusca la oscuridad ni deslumbra el resplandor; es una benéfica antorcha de mágico poder, que surge en los más sombríos días de la historia como la luz estelar brilla en lo más oscuro de la noche; es la unión indisoluble y santa de un sentimiento impetuoso, varonil, indomable, y una inteligencia fina, curiosa, delicada; es el gusano de la tierra que toma las brillantes alas de la mariposa y se eleva volando hasta el empíreo; es el supremo aviso de que el hombre no está aislado en la Naturaleza; es una portentosa manifestación humana que parece nna sublime revelación divina; es, más que la irrupción del hombre en lo desconocido, la invasión del hombre por lo incognoscible; los cielos y la tierra le confían sus secretos; la historia llena está de sus alabanzas; el porvenir elabora sus estatuas; la ciencia y el arte pregonan su grandeza; si no viviera entre nosotros, le llamaríamos Dios; ni puedo concebir más gloria, ni lo sé definir de otra manera.

¿Quién puede abarcar el espíritu humano? Sus ambiciones, sus ideales, sus aspiraciones son infinitos. Es un abismo sin fondo, un desear insaciable, y nunca apaciguado, y siempre vivo, y esto es lo que mueve al hombre y lo que inspira al genio.

Y si no, contemplad la Naturaleza en medio de sus majestuosas agitaciones, ó desde los enhiestos picos de las montañas, ó á la orilla del mar á la caída de la tarde, en soledad solemne, sin que una vela en el horizonte turbe aquella imponente uni-

formidad imagen del infinito, sin que lleguen á vosotros más murmullos que el de la ciudad lejana, ó el eco cadencioso de las olas rompiéndose espumosas en la playa, ó los misteriosos rumores de la brisa, ó el grito de la gaviota. Allí, ante aquel grandioso espectáculo, entre la tierra y el mar y el cielo, viendo espirar en el horizonte entre rojizos celajes un día que nunca volverá, mientras el silencio aumenta y la noche avanza, y los colores se fugan por Occidente y todo se envuelve en grisáceas tintas, y asoman indecisas las estrellas, y toma el mar fosforescente brillo, no habrá corazón que no se impregne insensiblemente de la más profunda melancolía; pero meditad un poco, avivad la imaginación, sumergíos con ella en aquellos inmensos mares y aquellos lejanos cielos y aquella creciente sombra, y veréis en el fondo del Océano, y en la superficie de la tierra, y entre los gases del aire, séres que respiran, se mueven, y cantan, y aman, y sufren, y mueren como vosotros; veréis que aquellas aguas contienen sustancias que hay también en vuestro organismo y elementos que os vivifican y devuelven la salud perdida; veréis que aquella brisa en que se confunden moléculas de arena, gérmenes microscópicos y emanaciones del Océano, y el hálito de las plantas, y el perfume de las flores, y el trino de las aves, y el eco de todas las notas, y el vapor de todas las lágrimas, y el aliento de todos los séres, y los miasmas de todas las podredumbres, aquella brisa, que acude presurosa desde incalculable distancia, penetra en vuestro pecho, deleita vuestros pulmones, regenera vuestra sangre y sostiene vuestra vida, dándoos la de todo el Universo; dejando en vosotros, como parte integrante de vuestro sér, algo del sér de los demás, y recogiendo en vuestras exhalaciones algo que fué vuestro, para difundirlo por el mundo; entonces pensaréis que todos vivimos del mismo modo y la misma vida; que los hombres, como las flores, nacen sonriendo ante un rayo de luz, y mueren, como ellas, marchitos y pálidos, si no encorvada la corola sobre el tallo, inclinada la frente sobre el pecho; veréis que hay una solidaridad tal entre el hombre y la Naturaleza, que no hay impresión en nuestros órganos, imagen en la pupila, armonía en el oído, impulso en el corazón, ideas en la mente, creación en la fantasía, lágrimas en los ojos, ni objeto en la voluntad, que no sea

hijo de un beneficio, do una inclemencia, de un rayo de luz, de un eco, de un movimiento ó una vibración del mundo que nos rodea; entonces se elevará vuestro pensamiento, aspiraréis con ansia aquel aliento universal, sentiréis un amor inefable hacia todas las cosas y una gratitud inmensa hacia todos los séres; querréis estrechar en un abrazo toda la Creación, perderéis el temor á lo muerte, os abismaréis en éxtasis profundo, y cuando, engrandecidos por estos sentimientos, levantéis los ajos al cielo y lo halléis oscurecido por la noche y sembrado de estrellas rutilantes, no podréis menos de exclamar, recordando al poeta: «Astros, yo soy un alma como vosotros; noche, yo soy un abismo como tú.»

Pero seguid meditando, y veréis que los astros, indiferentes á vuestras emociones, siguen su marcha por el espacio; veréis que en el fondo de aquella solidaridad hay cierta amarga indiferencia; veréis que la Naturaleza no os comprende; que vosotros os eleváis hasta el reconocimiento de estos hechos, y los demás séres no se elevan; que vosotros váis aún más allá y concebís más armonías de las que oís, y más astros de los que divisan vuestros ojos, y más espacio del que alcanzan vuestras miradas, y soñáis más bellezas de las que ostenta el Universo, y sentís en el corazón un vacío insaciable, una aspiración más elevada que necesitáis satisfacer, que es la que os haee artistas, y os hace creadores, y os lleva á gemir bajo la sombría bóveda del templo, y mueve vuestros labios con la plegaria y eleva el pensamiento á lo absoluto, ansioso de lo inmortal, y entónces, levantándoos con el sentimiento por encima de todo lo creado, buscando al Supremo Sér, única verdad, primer principio y última razón de todas las cosas, no podréis menos de decirle, inspirados por místico arrebato: «Elévame contigo á otras regiones, que yo tengo un destello de tu sér, y el mundo es negra cárcel para mí.»

He dicho.

NECROLOGÍA

Del señor don Carlos Jiménez-Placer y Echevarría, escrita y publicada, en cumplimiento de acuerdo de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, por el socio preeminente y secretario 1.° de esta Corporación don Luis Montoto y Rautenstrauch.

(Conclusión)

Entre los papeles del poeta he hallado el borrador de su obra *JuanPablo,* traducida al italiano y representada en aquel teatro el 26 de marzo de 1865 con el título *Paolo il Pescatore.* Hablando de este drama, el periódico *El Porvenir* decía: «En la obra, el autor, desde una exposición tranquila, dulce como una balada alemana, levanta gradualmente la acción hasta agigantar las pasiones, conmoviendo profundamente los ánimos y produciendo con rasgos felicísimos y altamente dramáticos un interés vehemente en el público.»

Ineficaces han sido mis disquisiciones para encontrar el manuscrito de otra obra cuya impresión anunció Jiménez-Placer cuando dió á la estampa *El último suspiro,* con el título *El de la Cruz de Santiago*; en cambio, he hallado apuntes para escribir un drama en un acto y otro en tres, ambos de costumbres.

Pocos años transcurrieron desde la representación de *Paolo il Pescatore* hasta que Jiménez-Placer dió á la escena el cuadro *Hernán Cortés.* «Este fué el vagido de un dramático de verdad,» ha dicho atinadamente nuestro querido compañero el señor don Enrique Funes, cuyas son las elocuentes palabras que transcribo:

«Era muy difícil encerrar la figura gigante del soldado del Nuevo Mundo, con toda su épica grandeza, en las cuatro tablas y en los veinte minutos de que se dispone en un solo acto. Por otra parte, estos hombres, que significan así como un as-

pecto de la raza, no están movidos en la historia por los resortes de una pasión determinada y singular; sus pasiones suelen ser aguijón de su pensamiento, cuyo ideal, en los guerreros, fué siempre el dominio del globo; y así la epopeya no cabe en el teatro. Pero el autor del cuadrito dramático, tomando la más general de las pasiones, el amor, y lo más real de los altos encumbramientos, la caída, acertó á mover el alma de los espectadores. Todo allí es simpático y bello; todo está allí pintado con los colores de la vida, tan cerca de la muerte; y por eso á los umbrales del sepulcro del famoso conquistador, vienen á llamar: sus glorias, con el veterano Quijada; la fidelidad, con el paje; el amor y el extravío de su vida, con la penitente Beatriz, la cual llega en la agonía del héroe; y así el hijo de la unión ilegítima recibe las bendiciones paternales, tranquilizando en la hora postrera el alma de aquel español digno de ser cantado por Homero Hay una figura en el poema que no sale al teatro, como para no resultar en la sombra al lado de Cortés: la de Carlos de Gante, el cual, á la hora misma de exhalar el último aliento el vencedor de Otumba en un lecho prestado y en un pueblo humilde, hace su entrada triunfal en la ciudad del Betis, al volteo de las campanas de sus cien torres, cuyos ecos resuenan con insulto en el recinto funerario del mayor capitán que conoció la tierra.

¡Allí vive Carlos Quinto!
¡Aquí ha muerto Hernán Cortés!

Palabras últimas de aquel gran español de *La Noche Triste*, y síntesis del pensamiento del poema.» (*)

El éxito de *Hernán Cortés* aventajó á los deseos del más ávido de aplausos. Los periódicos de Madrid, unánimes, desde *La Correspondencia de España* con su proverbial laconismo, hasta *La Época* con sus sombras y lejos de publicación sesuda y talentosa; desde el festivo *El Cascabel*, de Frontaura, hasta el cáustico *Gil Blas*, semanario satírico en el cual derrochaban su ingenio Manuel del Palacio, Luis Rivera, Eusebio Blasco y Roberto Robert, al unísono batieron palmas en loor del poeta, á

(*) *D. Carlos Jiménez-Placer, autor dramático.*—Artículo publicado en el núm. 8 de la Revista *El Extraordinario de El Orden*, Sevilla 31 de octubre de 1896.

quien unos llamaban novel autor, y otros joven distinguido, ignorando unos y otros que Jiménez-Placer había escrito mucho antes de llegar al escenario del teatro de Variedades, y que canas, un tanto prematuras, acusaban la plenitud de una vida aplicada á las letras. Fué el estreno del drama lo que llamamos un triunfo teatral, triunfo alcanzado sobre las mismas tablas del escenario donde dos años antes había exhibido sus desnudeces eso que apellidaron *género bufo*, importado á nuestra escena, y en mal hora, por un hombre no escaso de entendimiento, pero atrevido como él solo, que se pagaba muy mucho de las carcajadas del vulgo y del descoyuntamiento de los payasos.

En aquella ocasión no se equivocaron los que predijeron del éxito. El venerable Hartzenbusch, veterano de las lides teatrales, auguró que el aplauso público coronaría la obra. El autor de *Don Tomás*, aquel sutilísimo ingenio que libre voló por los campos de lo cómico sin rebasarlo ni dar en los eriales de lo chabacano, donde parece que hoy se solazan musas descocadas y revoltosas; el infortunado autor de *Nadie se muere hasta que Dios quiere, La calle de la Montera* y otras piezas dramáticas que, por lo afiligranadas, parecen encajes de Flandes, si no ya labor de orfebrería sevillana en pasados siglos; Narciso Serra, que á la sazón ejercía la censura de Teatros del Reino, estampó este honroso cuanto lacónico dictamen al final del manuscrito: «Examinado este drama (muy bien escrito), no hallo inconveniente en que su representación se autorice. Madrid 11 de Setiembre de 1867.» Fué la primera y única vez que el autor de *El Amor y la Gaceta*, sumido en el lecho á que le tuvo amarrado la hidropesía, que lo acababa á despecho de sus arrobos de poeta y de sus arrestos de soldado español, fué la primera y única vez, digo, que Narciso Serra, olvidándose de que el Estado le pagaba para oficiar, no de crítico literario, sino de censor, no pudo contener con las compresas de su cargo oficial los arrebatos de su corazón apasionado de la belleza artística.

Á los pocos meses, en 7 de febrero de 1868, se representaba en el teatro de San Fernando de esta ciudad el *paso del siglo XVI* intitulado *El Mesón de Paredes*; y el novel autor, el jóven distinguido, como diría la gacetilla madrileña, obtuvo nuevos aplausos. «Esa es tu mejor obra», le dijo Adelardo López de Aya-

la, momentos después de la representación. Aquella noche, el mismo público aplaudió á Velázquez y Sánchez por una de sus mejores comedias. Amigos de la niñez ambos, se dedicaron sus obras en testimonio de fraternal afecto. Velázquez y Sánchez escribía al frente de la tradición sevillana *El Agua de San Francisco*: «Á Carlos Jiménez-Placer. Te dedico esta obra como un testimonio público de la íntima amistad y fraternal afecto que te profesa su autor». Jiménez-Placer le contestaba, dedicándole *El Mesón de Paredes*: «Escribes mi nombre al frente de tu última producción *El Agua de San Francisco*, y tanto por ello me obligas, como honrado me considero al dedicarte este paso.» ¡Fué siempre la amistad dulcísima nota característica de los poetas hispalenses! Á la sazón Jiménez-Placer y Velázquez y Sánchez eran los dos ingenios sevillanos que más lucían en la dramática. Pronto compartieron los laureles con un jóven de poderosa inteligencia é inspiración arrebatadora, quien ya á la edad de quince años había brillado en las obras históricas *Don Jaime el Desdichado* y *El valle de lágrimas*. No hay para qué deciros su nombre, porque todos recordáis los primeros triunfos alcanzados en la escena por nuestro compañero muy querido el Sr. D. José de Velilla y Rodríguez.

Desde 1868 á 1881 se eclipsa la musa dramática de Jiménez-Placer. Los cuidados y las atenciones de la vida, que van pesando más á medida del correr de los años, apartáronle de sus viejas aficiones, y fué necesario todo el fuego del entusiasmo de un corazón juvenil, y todo el aliento de una fantasía sin orillas, para que el autor de *Hernán Cortés* y *El Mesón de Paredes* volviese á manejar la pluma, enmohecida después de afinarse en alabanza del gran capitán español y del humilde batihoja sevillano. Cano y Cueto, nuestro dignísimo vicedirector, el autor de cien *tradiciones sevillanas* que inmortalizarán su nombre llevándolo por donde quiera que se pronuncie el de esta ciudad hermosa, cuyas grandezas y maravillas ha cantado y canta á los acentos de la trompa épica; Cano y Cueto, que ha heredado, con la sangre nobilísima del inolvidable duque de Rivas, la imaginación portentosa del autor de *Don Álvaro* y *El Moro Expósito*, venció las timideces de Jiménez-Placer y le movió á escribir con su colaboración un drama de forma primorosa, que fué jus-

tamente aplaudido en el primero de los teatros de la Corte: me refiero al poema dramático *Bajo el Cristo del Perdón*, estrenado en el Teatro Español la noche del 3 de febrero de 1881, y representado con gran éxito en el de San Fernando de esta ciudad, en 1882.

Á contar desde esa fecha, Jiménez-Placer enmudeció para el teatro y casi casi para las letras. Desde entonces sólo dió á la estampa algún que otro artículo de crítica y alguna que otra poesía, come la que dedicó á la grata memoria del Cardenal Lluch, Arzobispo que fué de esta diócesis.

Hubo razón, y razón poderosa, para lo exiguo de su labor dramática. Á la inversa de lo que suele acontecer, las obras ajenas le parecían de perlas, y reprochaba las propias por desprovistas de todo mérito. Nada de cuanto brotaba de su pluma le complacía. Así, volvía una y cien veces sobre lo escrito, enmendaba, tachaba, añadía y, las más veces, en un instante desbarataba la máquina de sus pensamientos; á la manera que el Hidalgo Manchego deshizo de un golpe de lanza la celada que, después de reconstituída, reputó por de finísimo encaje. Su temor de no acertar nunca le llevaba á estudiar y meditar mucho antes de emprender el trabajo por escrito, pero también agigantaba á los ojos de su fantasía los peligros y las dificultades. Fuí yo testigo de los recelos y de las desconfianzas que le salían al paso, y en más de una ocasión tuve que alentarle y persuadirle á que diese á la estampa sus creaciones. Recuerdo que juntos emprendimos la tarea de escribir una obra dramática, bautizada, antes de nacida, con el título de *Lope de Vega*. Él era la cabeza que pensaba y yo la mano que escribía. Mi inexperiencia contrastaba con su conocimiento de la escena; pero todavía resaltaban más sus temores de hombre experimentado en las campañas teatrales, al lado de mis audacias juveniles. Dos años pasaron antes de dar por concluido el acto primero, cien veces escrito y otras tantas vuelto á escribir. La escena que tenía yo por más insignificante, una de esas escenas que de ordinario se escriben al correr de la pluma, era motivo de largas discusiones. Peritísimo en la dramática, antes de escribir una línea dibujaba con esmero el escenario, colocaba las figuras, describía gráficamente todos los objetos, y cuando le entraba por los ojos lo que antes

había visto en su imaginación, entonces vertía en prosa el diálogo, que luego ponía yo en versos, malos como míos, que él aliñaba cuidadoso. Encariñados con el asunto del drama, llegamos á la situación culminante, la final del acto segundo, el momento en que se representa en el corral de la Pacheca el más hermoso pasaje de la *Estrella de Sevilla*. La situación, por él imaginada, era interesantísima: Lope, el gran Lope, el ídolo de España, aquél que daba nombre á todo lo bueno, al punto de que para ponderar cuanto era excelente, se decía *de Lope*, es objeto de la aclamación delirante del público de Madrid, que le rinde pleito homenaje y le ciñe coronas de laurel; y en ese momento en que el Fénix de los ingenios españoles parece que ha de gozar de la mayor ventura que el genio alcanza en la tierra, el corazón del hombre, mortalmente herido por el más cruel de los desengaños, llora lágrimas de sangre y maldice de las glorias mundanas, que todas juntas no bastan á contentar el espíritu ansioso de las eternas dichas. Muchos días y meses invertimos en imaginar y escribir aquella escena; y cuando, leyéndola por última vez, esperaba yo que el autor descontentadizo participase de mi entusiasmo y la tuviese punto menos que por maravilla teatral, «sabe, me dijo, que todo esto es muy malo, y que es forzoso romperlo todo y escribir de nuevo, como si nada hubiésemos conseguido.» En aquel punto terminó para siempre nuestro drama. No fué posible dar con lo que él había soñado, y diez años después todavía se afanaba en busca de un efecto escénico que escapó siempre á nuestras pesquisas.

Sin aquel temor, sin la desconfianza sempiterna, Jiménez-Placer nos hubiera dejado muchas obras dramáticas: porque concebía con facilidad suma y manejaba todos los resortes de la escena. Ese temor y esa desconfianza fueron parte á que no luciesen con todo el propio esplendor sus dotes intelectuales, y, ó mucho me equivoco, ó contribuyeron á achicar un tanto las obras que la crítica ha colmado de elogios. Su cuadro dramático *Hernán Cortés*, que recorrió en triunfo los teatros de España, no es sino el epítome de otro drama que escribió con el mismo título é idéntico asunto. Se asustó de su obra, la tildó de presuntuosa, y fué poco á poco reduciéndola hasta circunscribirla por los estrechos límites de un cuadro.

IV

Jiménez-Placer ensayó también sus fuerzas en la novela, género poético que á la sazón en que el ingenio sevillano lo cultivó escribiendo *El Marqués del Valle* y *El Ángel de los recuerdos*, no lograba las favorables condiciones de vida que la dramática.

Desde Cervántes hasta nuestros días, la novela en España ha arrastrado una existencia misérrima. Cuentos de pasatiempo en unos autores, no ha sido en otros sino imitación servil de la leyenda histórica narrada por Walter Scott, y en no pocos rapsodia de fábulas inverosimiles y ridículas con que autores de copiosa facundia alentaron el neo-romanticismo francés representado por Dumas y Víctor Hugo. Lectura de las clases populares, en ellas encontraron, y encuentran todavía, singular acogida; porque el alma que las vivifica es lo extraordinario, lo maravilloso, pero lo maravilloso pesando sobre los hombres de hoy como el *fatum* pesó sobre los de ayer, siendo el resorte que todo lo mueve, la causa única de todas las acciones humanas; ¡nuevos libros de caballerías, que ni tan siquiera tienen como aquéllos legítima ascendencia en tierras españolas! De pocos años á esta parte, la novela ensancha su campo de acción. No es ya su materia lo maravilloso, la fábula que interesa por los raros pormenores que la entretejen y por los resortes sorprendentes que la desenlazan: no es pintura fiel de la naturaleza, sirviendo como de escenario á la narración de un hecho sencillo: no intenta instruir como el *Telémaco* y los *Viajes del joven Anacarsis*: no persigue exclsivamente un fin literario, como la *Historia de Fray Gerundio de Campazas*: la novela en los momentos presentes abarca esos fines y estudia con sin igual predilección la sociedad en todos sus aspectos. Desde cierto punto de vista parece como que se anticipa, facilitándolos, á los trabajos y los desvelos del historiador. Hoy la novela es histórica, descriptiva, científica y literaria. Describe el hecho, pero analiza sus causas; pinta una pasión, pero investiga su origen, y separa lo esencial de lo contingente; entra en el ancho campo de la política; nota los vicios con preferencia á las virtudes, y,

con el escalpelo del análisis, señala una por una todas las fibras del cuerpo social, hiriendo en las llagas y descubriendo las úlceras. Es que también ha llegado á la novela el espíritu investigador del siglo. Hubiéralas escrito Jiménez-Placer en estos últimos años, y tal vez su nombre como novelista correría con el encomio con que vuela como dramático.

V

No es, ciertamente, en España donde el ejercicio de las letras da á los que á el se aplican medios y condiciones de vida. Lo dijo gráficamente un poeta, mi entrañable amigo el malogrado José Velarde:

Escribir para comer
No es ni comer ni es escribir.

Jiménez-Placer no fué excepción de la regla general, y desde muy niño libró su subsistencia en el producto de su trabajo. Su laboriosidad y su honradez le protegieron y como de la mano le llevaron á ejercer importantes cargos públicos, logrando á la postre la jefatura del Archivo de Indias, puesto en el cual mereció honores y consideraciones que no es dado á todos alcanzar. Premios á su solicitud como funcionario público fueron la encomienda de Isabel la Católica, que en 1866 le concedió Su Majestad la Reina D.ª Isabel II, y la cruz de Carlos III, que obtuvo en 1892; premios á sus merecimientos literarios, los puestos que ocupó en la Academia de Ciencias y Artes, de Cádiz; en el Instituto de Viseo; en el Fomento de las Artes, de Madrid; en el Instituto de Quito, y, entre todos, el que tuvo en esta Real Academia, que en 1881 lo llamó á su seno y lo recibió con júbilo en 1887. Testigos fuisteis de su labor entre nosotros, y todavía saboreamos las mieles de aquel su discurso de recepción, prueba plena de su amor á las bellas artes y acabado estudio del insigne pintor Pedro de Campaña, de su tiempo y de sus obras.

Permitidme que os recuerde las palabras con que, á nombre de todos nosotros, uno de los miembros preeminentes de esta Academia, elocuente orador sagrado y literato eximio, le dió la bienvenida á este viejo hogar de las letras sevillanas:

«Aparte de los títulos que aquí le han conducido por derecho propio—decía el Sr. D. Servando Arbolí—hoy parece autorizar aún más sus credenciales, trayéndonos el cuadro de un gran siglo, la imaginación de un artista sublime, la revelación de un pensamiento fecundo; y todo esto con un lujo tal de erudición, con vuelo tan levantado y atmósfera tan diáfana, que bastaría para la reputación. si tanta ya no le sobrase, del afamado autor de *Hernán Cortés*, de *El Mesón de Paredes* y de muchas joyas que han merecido universal aplauso y el justo galardón de un nombre circundado de gloria. El talento dramático de tan sabio conocedor de la escena ha logrado, en más de un cuadro, obtener esos triunfos que le son tan propios; y con el auxilio de la Fe ha conseguido, por suerte, desarrollarse en la epopeya divina, que ni los ángeles pueden describir, ni hay soles que la alumbren, porque el sol se eclipsa en el Calvario. Pedro Campaña esperaba, para ser interpretado, un espíritu tan sagaz y alma tan delicada como la del nuevo académico, y si es exacta la frase de Chateaubriand «preciosa sensibilidad, señal la más segura del talento,» el Sr. Jiménez-Placer la testifica, cuando no se sabe qué envidiar más en este caso: si la intuición del genio, si la cultura del literato, ó el corazón del artista, como lo posee nuestro amigo, educado en la escuela de maestros insignes, hábil para desplegar sus dotes, lo mismo en la lengua de Cervantes que en el estadío de la prensa, ó que en el templo de Apeles.»

Y ya, Señores, que voy, no entrando, sino sumergiéndome en el mar de los recuerdos, recordad, para que la atractiva figura de Jiménez-Placer surja entre nosotros rozagante y llena de vida como en días más venturosos, aquella su magnífica descripción de uno de los más peregrinos lienzos de Pedro de Kempener. Va á hablaros el poeta, el artista, el amigo del corazón; escuchadle: «Sobrecógese absorto el ánimo—dice, contemplando el cuadro *Un descendimiento de la Cruz*—á la vista de la prodigiosa obra: es su asunto la epopeya de la Humanidad; su momento la aurora de la idea cristiana; su escenario, un sagrado monte, eterno altar del planeta; sus personajes, los elegidos de la Providencia; su protagonista, Dios. Sobre un vago fondo de difusa luz en que esparce sus últimos reflejos la tarde de aquel

día que avergonzado muere, se destaca sombría la redentora Cruz. Ya no rugen á su alrededor los elementos, ni se estremecen las entrañas de la tierra, ni fulgura en los aires entre rojas centellas la cólera celeste: impera allí la abrumadora calma que sigue al primer instante del dolor; muda, lúgubre, siniestra, más solemne en su inmutable pesadumbre que el dolor mismo en sus estremecimientos; fúnebre pausa en que el espíritu de Dios se eleva en el espacio, el hombre humilla la frente sobre el polvo y la creación reza. Aquel divino cuerpo, sagrario inmaculado que encerró la esencia de Dios, y que continuaba unido á la Divinidad, desciende paulatinamente de la Cruz, sostenido con cariñosa veneración por los Santos Varones; esperan al pie la Madre Virgen y sus amantes compañeras en la actitud del pesar que abruma, con la expresión del pesar que mata, quebrantados los eslabones de la vida ante el espectáculo de la muerte, hincadas las rodillas en tierra, abatidos los miembros por incontrastable laxitud y brotando de la mirada los últimos destellos del alma para iluminar aquella pavorosa escena producto de horrenda lucha en que compitieron la enormidad del delito y la inmensidad del sacrificio; y San Juan recibe en sus brazos la preciosa carga, apoyándola en su hombro con expresión reflexiva de varonil dolor, en tanto que su mirada perdida en el espacio ve quizá surgir entre las densas tinieblas de lo futuro las sublimes escenas de su grandioso Apocalipsis.» Quien así pinta, quien así canta, ¿es poeta? ¿es pintor? Yo no sé decir sino que sólo un alma de artista puede retratar por medio de la palabra lo que inspirados pinceles estamparon en el lienzo para gloria perdurable de las artes, «que no pueden derribar á Dios, pero pueden subir hasta su trono.»

Recordad, también, el sentido discurso que, cumpliendo con un doloroso encargo de esta Real Academia, dedicó á la buena memoria de uno de nuestros consocios. «¡Triste misión la mía!—exclamaba en ocasión solemne.—¡Venir á renovar el sentimiento de profundo pesar aún palpitante en vuestros corazones por la muerte del ilustre y querido compañero D. Emilio Márquez y Villarroel, haciéndoos sucinta reseña de su vida y merecimientos!» ¡Quién me dijera que estas palabras brotarían de mis labios no muchos años después! ¡Triste misión!

¡Venir á renovar el sentimiento de pesar profundo, aún palpitante en vuestros corazones, por la muerte del ilustre y querido compañero D. Carlos Jiménez Placer! Con él repito: «consuelo y purificación para el ánimo es el ejemplo de una vida consagrada al estudio y á la práctica de las virtudes!»

VI

Fué D. Carlos Jiménez-Placer excelente poeta, literato y erudito; fué funcionario integérrimo, solícito como pocos y como pocos inteligente en el desempeño de sus cargos. Por todo esto mereció el aplauso de las gentes y la pública estimación; mas para cuantos le tratamos con intimidad, para cuantos le acompañamos en su peregrinación por la tierra, para cuantos le vimos en el hogar doméstico, Jiménez-Placer fué además el amigo cariñoso, el padre amantísimo, el caballero cristiano y español. Amigo cariñoso, compartía muy de veras las penas y los gozos con aquellos á quienes daba el nombre de hermanos: para él eran como propios los triunfos de sus compañeros: nunca hizo presa en su corazón la sierpe de la envidia: jamás la maledicencia ó la murmuración manchó sus labios, prontos á la alabanza, si cerrados para la torpe lisonja. Padre amantísimo, vivió para la familia en cuyo seno encontraba las dichas más ciertas, el consuelo más eficaz, las medidas que más confortan el corazón quebrantado en las rudas batallas de la vida. Caballero español, fué esta noble tierra muy amada de su alma, y á ella consagró, adorando en sus glorias, los alientos de su inspiración de poeta. Caballero cristiano, resplandecía su alma nobilísima con todos los esplendores de nuestra religión sacrosanta.

Murió con la resignación del justo, esperando con el reposo y la tranquilidad del mártir el momento supremo de su vida.

No me olvidaré jamás de aquella tarde en que nos vimos por vez última y por acaso. Tardo era su andar; su respiración, fatigosa; su palabra, entrecortada—¡su palabra que fué siempre dulce cuanto fluida!—Vidriosos los ojos y la faz amarillenta, todo él aparecía desmarrido, como cuerpo que se rinde y como

luz que se apaga. Á su presencia me saltó el corazón en el pecho, y á duras penas acerté á articular algunas frases. ¡Cómo la enfermedad terrible sombreaba aquella espaciosa frente, coronada de blancos cabellos desde sus años juveniles! ¡Cómo trocaba su franca sonrisa en expresión de angustia inefable! «¡Carlos! ¡Carlos!—le dije:—deseaba verte, saber de ti. Eso no es nada, vete al campo, descansa. Los que, como tú y yo, comen porque trabajan, deben holgar diez, veinte días al cabo del año; ¡qué menos para el trabajador!» Fijó en mí sus apagados ojos, sonrió, expresando con su sonrisa todo un mundo de penas, y, posando la mirada en mi hijo, que me acompañaba, y que, cual yo, estaba angustiado, «Dios te dé—me dijo—la dicha de verlo hecho hombre: yo... yo...» Las lágrimas nublaron sus ojos y el dolor selló sus labios. Esto sucedía á mediados de julio. No mucho después, el 29 de septiembre, rendía su alma al Creador en los brazos de su amantísima esposa, la inseparable compañera de su vida, á quien dedicó el primer fruto de su ingenio de poeta, y en los de sus hijos, á quienes—¡dichoso él!—logró ver hechos hombres dignos de su honradez inmaculada. Vivió con fe, esperanza y caridad, y murió «como quien navega y arriba al puerto; como quien peregrina y llega á su patria.»

Noviembre de 1896.

Los anticuarios en Roma y Sevilla

(Conclusión)

Otros muchos aficionados famosos contó Roma, entre los cuales figura uno que, para nosotros, ofrece particular interés.

Tal fué el insigne hijo de Córdoba, el inmortal Séneca, aquel que criticaba á los que tienen bibliotecas únicamente por vanidad, exclamando: «¿Qué significan esos millares de libros? La vida de sus propietarios apenas bastaría para leer los títulos... Hay hombre que carece de la tintura literaria que se exige á un esclavo, y, sin embargo, tiene libros, no para el estudio, sino como adorno de su casa. Otro, orgulloso de su biblioteca de cedro y marfil, busca las obras de autores desconocidos ó poco estimados, y bosteza contemplando unos volúmenes que sólo por sus títulos conoce. En poder de los más haraganes, encontrareis colección completa de oradores é historiadores. Y aun podría admitirse esta manía si se originase en una pasión por el estudio; pero, lejos de ser así, las obras maestras de los genios divinos, adornadas con sus retratos, únicamente, sirven para decorar las paredes.»

En otro lugar decía: «Yo quiero una mesa sencilla, que no sea notable por la variedad de sus matices, ni célebre por haber pertenecido á una serie de aficionados elegantes...», palabras enderezadas, sin duda, á censurar la adquisición de las famosas mesas de thuya, que cuando eran de un sólo trozo, cortado en la raíz, y sin ningún defecto, valían hasta 300.000 pesetas: Cicerón compró una en 200.000, con verdadero apresuramiento por lo ventajoso del precio.

Y, á pesar de tan sensato razonamiento, el ilustre filósofo

Séneca, incurría en el defecto que criticaba, pues llegó á reunir, en su palacio de Roma, quinientas mesitas de tres pies, labradas en marfil y sumamente parecidas.

En tiempo de Augusto, estuvieron á punto de desaparecer las colecciones particulares, pues los patricios habían acaparado de tal modo las obras de arte, que Agrippa protestó enérgicamente contra aquella especie de monopolio, proponiendo pasasen al dominio público todas las estatuas y cuadros, y predicando con el ejemplo, hizo construir magníficas fuentes, decoradas con columnatas y estatuas, consagró al culto su panteón y legó al pueblo sus termas y jardines, pero tan generosa iniciativa no halló eco, y los señores romanos continuaron en la dulce y tranquila posesión de sus riquezas artísticas, llegando á ser el gusto de las estatuas antiguas una manía ruinosa.—*Insanit veteres statuas Dama—sippus emendo.*

Después, á consecuencia de los profundos trastornos que produjo la caida del Imperio romano, hubo, sin duda, de decaer la afición y pervertirse el gusto; sin embargo, entre los griegos de Bizancio y aún en las naciones más atrasadas de Occidente, no cesaron de tener las artes, cierto estímulo y aprecio, en el periodo en que, desde Oriente y Constantinopla, penetraron en los Claustros, á cuyo refugio se acogieron durante una buena parte de la Edad Media.

En aquellos agitados periodos de guerras intestinas, no se hallaban los ánimos en condiciones de consagrarse al estudio y práctica del arte. Exige éste gran calma en el espíritu para desenvolverse ampliamente y así, los preciados restos de otras épocas, se amparaban y ocultaban en la sombra de los tesoros de las iglesias cristianas.

Mas no por esto se hallaban las artes del todo abandonadas. Los interesantes trabajos de Emeric David han venido á demostrarlo, y algunos de los monasterios europeos, formaron, cerca de sus bibliotecas, preciosas juntas de objetos notables.

El Renacimiento, con irresistible impulso, hizo revivir el gusto de las colecciones particulares.

La pléyade de pintores, escultores, cinceladores y arquitectos, que surge en aquel feliz periodo, con la protección de Carlos V, Francisco I, León X y los Médicis, produce obras maes-

tras, admiración y encanto de sus contemporáneos, que los recompensan con esplendidez y empiezan á formar sus galerías.

Despiértase el amor á lo bello. Rafael encarga, á sus mejores discípulos, dibujos tomados de los más puros modelos del arte clásico y desde entonces crece el gusto de coleccionar, marchando en ascendente progresión.

En España, sobresalen desde los primeros tiempos de la afición, gentes ilustradas que supieron comprender la utilidad positiva que proporciona la investigación de las antigüedades, además de que no puede dejar de reconocerse que su estudio depura el gusto y procura placer intenso, elevando el espíritu á las tranquilas y sublimes regiones del Arte.

III

La variedad de las colecciones es infinita, pues se acomodan á la fortuna, el carácter y el capricho de los individuos.

Unos son especialistas de una localidad, de un estilo, de una época, originándose, dentro de cada género, multitud de subdivisiones.

Otros buscan la obra de un artista ó los recuerdos de una figura histórica, mas la mayor parte son eclécticos, y reunen piezas escogidas de diferentes clases.

Todos los géneros de colección son posibles—dice Mr. Feuillet de Conches,—aunque quizás algunas no valgan el precio que ha costado formarlas. Aun así, llega un dia en que los objetos más insignificantes toman, por circunstancias especiales, cierto interés.

Las ciencias y las artes deben grandes servicios á los coleccionistas.

El conocimiento de la antigüedad, la ciencia del blasón y la de las pinturas hieráticas, han recibido notable impulso, merced á datos hallados en objetos de aparente vulgaridad.

La historia de la cerámica no hubiera sido bien conocida sin las innumerables piezas firmadas y fechadas, que sirven de jalones para apreciar el talento de los artistas decoradores, y conocer el desarrollo de cada fabricación.

Los autógrafos descubren el carácter de los personajes y rectifican errores históricos.

Las colecciones de dibujos, cuadros y grabados, ilustran la biografía de los pintores y grabadores, y permiten estudiar su obra completa.

El inteligente afán de los bibliófilos, evita la destrucción de muchos preciosos libros.

No hubieran podido escribirse las obras sobre monedas y medallas, algunas de las cuales son verdaderos monumentos, sin el eficaz concurso de los numismáticos.

Los punzones de los orfebres, revelan ignorados nombres de artistas de mérito, como los signos lapidarios enseñan fechas de construcción y confirman procedencias.

Sevilla ostenta gloriosos timbres en la historia de los coleccionistas y arqueólogos.

A la memoria acude multitud de nombres que han alcanzado universal fama y su sola enumeración haría parecer interminable este artículo.

Prescindo, pues, de anotarlos, siquiera figuren, entre ellos, personalidades tan ilustres como la del insigne D. Fernando Colón, numismático y bibliófilo cuyos preciosos libros forman el fondo de la célebre Biblioteca Colombina; Rodrigo Caro, poeta y escritor afamadísimo; Pablo de Céspedes que habla de su gabinete arqueológico, en el *Discurso sobre la comparación de la antigua y moderna pintura y escultura*; Gutierre de Cetina, que estuvo en Italia y Méjico y reunió buenos cuadros; el Duque de Alcalá, dueño de una valiosa biblioteca y una no menos rica colección de antigüedades; Francisco de Pacheco que aparte, de su gloria por haber sido maestro del inmortal Velazquez, merece mención especial como artista y anticuario; D. Diego Ortiz de Zúñiga, varon por tantos conceptos notable y el Veinticuatro de Sevilla D. Juan de Arguijo de quien dice Lope en su *Laurel de Apolo*:

"Aquí Don Juan de Arguijo
Del sacro Apolo y de las Musas hijo.
¿Qué lugar no tuviera si viviera?
Mas si viviera, ¿quién lugar tuviera?

y el conocido Marqués de Aula, que deben quedar anotados, como brevísima y elocuente demostración de los méritos relevan-

tesque, en los siglos XVI y XVII, tenían los sevillanos que aplicaban su inteligencia al estudio de la antigüedad.

Entre todos ellos descuella el nombre del Marqués de Tarifa, fundador de la denominada Casa de Pilatos y como ésta constituye, aun hoy, una de las curiosidades que en Sevilla atraen la atención del viajero ilustrado, quiero publicar algunas notas tomadas de un antiguo m. s. que definen el carácter y revelan las condiciones especiales de aquel ilustre personaje. Dicen así:

«D. Fadrique Enriquez de Ribera, primero marqués de Tarifa, no tuvo hijos que le sucediesen en el Estado. El que sucedió en mayorazgo fué D. Pedro Enriquez de Rivera, que agora es segundo marqués de Tarifa, sobrino suyo, hijo de D. Hernando Enriquez, su hermano.

Este D. Pedro Enriquez, el mismo año de 1522 que murió su padre, se casó, sin voluntad de su madre, doña Inés Portocarrero, y del marqués su tío, con doña Leonor de Figueroa, hija del Duque de Arcos, D. Francisco Ponce de León, de quien después se apartó é hizo otras cosas, no á sabor de su tío.

Gastaba muy largo, teniendo poca hazienda; tomaba grandes sumas de mrs. de préstamos fiados para cuando suzediese en el estado; mostraba grandes señales de que deseaba ser señor.

El tío, por estas cosas ú otras que hazía no á su gusto, no le tenía tan buena voluntad como él la tenía para todos. Cuando murió no le dejó cosa alguna demás del mayorazgo, que no le pudo quitar.

Tenía grandes muebles, más que tuvo grande en Castilla; dejó muchas mandas pias, sufragios i misas, dotes de pobres, donzellas, redención de captivos, i en el remanente de sus bienes instituyó por heredero al Hospital de las Zinco plagas que mandó edificar de nuevo, fuera i zerca de los muros de Sevilla, junto á la puerta de la Macarena, una de las más insignes cosas deste reino.

Era este marqués de Tarifa, mui valeroso caballero, tenía gran casa, sustentaba muchos caballeros é hijosdalgo; era liberal, caritatiuo, mui limosnero, devoto; era prudente i de gran sagacidad; comía i bebía mui espléndidamente i así daba de comer á sus criados.

Era de notable experiencia, mui dado al estudio i á curiosidades virtuosas: tenía i leía muchos libros, i holgaba de tener muchos en letra de mano, principalmente de Historia.

Holgaba de tener quien le tañese en su casa; daba buen parecer en lo que le preguntaban.

Anduvo muchas partidas del mundo en Europa, Asia i Africa. Fué á Venezia i á Roma; fué peregrinando á Jerusalén en compañía de 12 caballeros, criados suyos; entró en Jerusalén á 4 de Agosto, año de 1519.

Trajo de allí muchas curiosidades, é tambien algunas buenas trazas para escoger de ellas una i hazer el dicho Hospital; muchos túmulos esculpidos, de mármol, para las sepulturas de sus pasados, en el monasterio de Santa María de la Cuevas, en la Cartuja de Sevilla.

Labró riquísimamente para su morada en la dicha ziudad en la collazion de San Esteban, en que gastó gran suma de dinero. Y trajo para ella muchas buenas trazas i portadas de Italia i Venezia.

Dejó toda su Librería al monasterio de la Cartuja ya dicho, aunque en su muerte i despues faltaron muchos libros i otras muchas cosas.

Este D. Fadrique alcanzó de S. M. el Emperador D. Cárlos título de marqués de Tarifa. Fué comendador de Guadalcarcel en la Orden de Santiago, allende de los títulos de adelantado-mayor del Andaluzía i conde de los Molares (?), que heredó de sus padres.

Bebía en el verano mucha agua i holgábase de beberla cada vez en un cántaro nuevo quebrado, que sonase el agua en el barro nuevo.

Fallezió en la ziudad de Sevilla en 1.° de Mayo, año de 1539.

Dejó por patronos del Hospital de la Sangre susodicho á los priores de la Cartuja i de San Fernando i de San Isidro. Dejó en dineros 50 cuentos de ducados de á 2, 4.000 quintales de azeite, 25 fanegas de trigo. Su recámara de plata, tapizería, paños, sedas, lienzos, camas, pedrería, cosas de la gineta, muchos anillos, armas i otra infinidad de cosas, valió gran suma de

mrs. Pagose en descargo de sú ánima, sobre 55 ducados, sin 12 que dejó para captivos.»

Fué también poeta y hé aquí uno de sus sonetos:

"Tienen los garamantas una fuente
Que por oculta calidad del suelo,
El agua tiene fría como yelo
Cuando la hiere el sol resplandeciente.
Mas luego que en la mar moja su frente
Y el mundo se escureze, i en el cielo
Tiende la negra noche el rico velo,
Hierve y abrasa como fuego ardiente.
Así yo ¡triste! en fuego convertido
De llanto, estoi helado en la presencia
De los ojos que son el sol que temo.
Mas luego que escureze mi sentido
La escurísima noche de su ausenzia,
En vivo fuego me consumo i quemo."

IV

No valieron menos, ciertamente, en el siglo XVIII, los sevillanos que dedicaron su atención á los estudios arqueológicos, pues entre ellos figuran personas ilustres en las ciencias, el foro y las letras, del mismo modo que en el presente continúan tan honrosas tradiciones, bibliófilos y anticuarios, escudriñando, con incesante y provechoso celo, las memorias antiguas y aquilatando cuantos indicios pueden contribuir á esclarecer la gloriosa historia de Sevilla.

Mas si tales aficiones que no exigen estudios profundos, sino, sencillamente, alguna inclinación á las bellezas del Arte y á los recuerdos gloriosos de la Historia, son siempre dignas de aplauso, para los que han nacido en esta tierra afortunada, que tantos preciosos restos guarda, constituye, en cierto modo, ververdadera obligación, pues propórcionan ocasión frecuente de estudiarlos y apreciarlos, con la veneración que merecen.

Y de esta conducta se obtiene inmediato fruto.—Véase, por ejemplo, lo que acontece respecto de las famosas ruínas de Itálica y las diferentes impresiones que despierta una excursión á ellas, según sea el que la verifica viajero indiferente, ó amante de la antigüedad.

En el primer caso, no obtendrá, seguramente, de su visita,

más placer que el que puede producir un paseo por cualquiera de las inmediaciones de Sevilla, ó sea el de contemplar el hermoso panorama que ofrecen las pintorescas márgenes del caudaloso Guadalquivir y el aspecto de la feraz campiña, todo embellecido con especial riqueza de luz y de color, y después, contemplar el anfiteatro, comprendiendo que allí hubo un pueblo rico y adelantado, que supo elevar grandiosas construcciones. Y esto es todo. Pero figurémonos, por el contrario, que el que llega á Itálica es un aficionado á la contemplación y estudio de la antigüedad, y entonces la escena varía por completo.

Aquellos lugares desiertos, aquellas colinas compuestas, en gran parte, del polvo de generaciones pasadas, parecen animarse con nueva vida. El espacio se cubre de figuras que en confuso tropel acuden á uno y otro lado. Parece oirse gritos y ruído de discusiones en un suntuoso edificio, adornado con elevadísimas columnas, es el *forum* donde se verifican transacciones diversas, donde los oradores peroran, donde los filósofos argumentan, donde todos narran y comentan las novedades del día... más allá encuéntranse las termas concurridas por sibaritas que exigen en aquellos lugares, á pesar de estar destinados al público, los refinamientos de la molicie, pues de otro modo no estarían en relación con los detalles de sus particulares moradas, ricos pavimentos de mosaico y perfectas cisternas para tomar los baños, con los requisitos que el más delicado pudiera exigir... Por cualquier parte se advierte restos de palacios, teatros y magníficos templos, y todo ello viene á dar completa idea de lo que hubo de ser la Itálica famosa... Mas la muchedumbre que corre y se agolpa en determinada dirección, os arrastra y, envueltos con ella, llegais al suntuosísimo Anfiteatro. En aquel inmenso recinto, revestido de mármoles y en parte cubierto por el *velum* de púrpura, los caballeros y los Magistrados se colocan en el *podium*, los *vomitorios* son estrechos para dar entrada á los innúmeros espectadores que, apresurados, buscan sitio donde colocarse, y atronador ruído se eleva al espacio, desde aquellas gradas, pobladas por la abigarrada muchedumbre. De pronto, un silencio profundo sucede al antes ensordecedor estrépito: es que el espectáculo va á comenzar. Y qué espectáculo! Muchas veces horrible y salvaje, pero siempre

espléndido y propio de aquel pueblo que en todas sus manifestaciones era grande. Ya se presenciaba la bárbara ferocidad de los gladiadores que encarnizadamente se herían, hasta que la muerte desapiadada ponía término á sus lamentos! ¡Ya la lucha de encarnizadas fieras, traídas de remotos desiertos!... ¡Ya el más conmovedor y más sublime de todos los espectáculos! El del martirio de los cristianos que aceptaban crueles tormentos, soportándolos con admirable entereza, antes que renegar de la verdadera religión. ¡Allí se vió muchas veces la pura virgen entregada á la saña de las fieras, sin más armas que su pureza, sin otro escudo que su virtud! ¡Cuadro extraordinario que ha inspirado tantas creaciones artísticas!

Hé aquí, someramente indicado, algo de lo que experimenta el aficionado á la antigüedad, cuando se vé en presencia de preciosos restos, cuando posee algún conocimiento de la historia y el sentimiento del Arte.

Por modo semejante, en las reliquias de otras épocas, se estudian y conocen los orígenes, las costumbres, los usos, la religión y las supersticiones de los pueblos, reviviendo el pasado, reconstituyendo á los reyes en sus tronos, las naciones con sus reinos, las familias en sus hogares... que hoy los anticuarios consagran su atención, aplican su inteligencia y destinan su fortuna, á la conservación de los monumentos de la antigüedad y abarcando todas las civilizaciones y épocas, dan al concepto de la Arqueología la mayor extensión.

Si es cierto que el artista no puede aislarse, porque á medida que se desarrolla y crece la vida de relación, es más activa la del sentimiento; si es cierto que la humanidad vive siempre de una misma vida y para su conocimiento perfecto, se necesita el contacto de los vivos y el estudio de los muertos, no cabe desconocer la importancia de la arqueología.

Es verdad que para algunos historiadores, es inútil toda especulación arqueológica, mas desde el momento en que se admite el valor que tienen la cronología y la geografia en el conocimiento de la Historia, ciencia que se desenvuelve en el tiempo y el espacio, ¿cómo no se ha de reconocer, cómo no se ha de proclamar, que la Arqueología ha de ser, forzosamente, la clave de toda especulación histórica?

Basta para determinarlo así, fijarse en el modo de proceder del arqueólogo, que estudia la humana cultura en los monumentos que, con luminosa trascendental huella, marcan el origen y desarrollo de las instituciones y las artes.

En la Arquitectura, desde los rudos ensayos de las edades primitivas, hasta las grandiosas fábricas de la época moderna; en la Escultura, desde las toscas representaciones simbólicas de las edades índicas, hasta las maravillosas creaciones del Renacimiento; en la Pintura, desde la torpe imitación de la naturaleza, propia de los pueblos primitivos, hasta las portentosas producciones de los siglos XVI y XVII, en todas estas bellas Artes se apoya la Arqueología, que completa su labor con el exámen y conocimiento de las industrias artísticas, destinadas á satisfacer, en cada época, necesidades materiales, exigencias del lujo, explendores del fausto y la riqueza.

Merecen, pues, atención y aplauso los coleccionistas que la prestan eficaz auxilio, si se tiene en cuenta que se extinguen las razas, desaparecen los pueblos, concluyen las civilizaciones y esos hombres que fueron, dejaron rastro hondo de su paso en la tierra, y escribieron su historia, sus costumbres, sus tradiciones, hasta sus vicios, en los innumerables objetos que, desenterrados á través de espesa capa del polvo de los siglos, muestran el grado de adelantamiento de las diversas generaciones, y eslabonando tan preciosos restos, y aplicando las enseñanzas que de ellos se deducen, permiten seguir y conocer, paso á paso, la historia de la humanidad.

ENRIQUE DE LEGUINA.

Imp. del Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Monsalves, 17.

ANUNCIOS